

MARK BURTON Y PETER SOMERVILLE

## DECRECIMIENTO: UNA DEFENSA

● **DECRECIMIENTO O UN «New Deal verde»?** La contribución de Robert Pollin al reciente debate en estas páginas sobre estrategia medioambiental contraponen las dos sendas que dominan actualmente el análisis radical sobre este tema. Que no lo agotan lo dejan claro los demás contribuyentes: Herman Daly, el gran veterano de la economía ecológica, reitera su llamamiento en favor de un «estado estacionario» de la economía en su entrevista con Benjamin Kunkel. Troy Vettese, partiendo del ejemplo de la Pequeña Edad de Hielo del siglo XVII, defiende «un proyecto de geoingeniería natural» para disminuir la temperatura global a través de la reforestación, posicionándose en contra de las hipotéticas soluciones artificiales propuestas por la geoingeniería, que proponen manipular la cubierta de nubes del planeta, alterar la composición química de los océanos o crear un «escudo solar», que refleje las partículas de sulfato hacia la atmósfera superior. Al mismo tiempo, el análisis de Mike Davis sobre la meticulosa investigación archivística de Emmanuel Le Roy Ladurie sobre la evidencia de la Pequeña Edad de Hielo en Francia pone de relieve los límites de nuestro conocimiento sobre la historia del clima. Este artículo se centra en la incisiva crítica del decrecimiento que realiza Pollin y en la versión del «crecimiento verde» que presenta como alternativa<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Robert Pollin, «Decrecimiento vs. nuevo *New Deal* verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Herman Daly y Benjamin Kunkel, «Ecologías de escala», *NLR* 109, marzo-abril de 2018; Troy Vettese, «Congelar el Támesis», *NLR* 111, julio-agosto de 2018; Mike Davis, «Tomándole la temperatura a la historia», *NLR* 110, mayo-junio de 2018.

El punto de partida de Pollin es la urgente necesidad de reducir las emisiones para estabilizar las temperaturas globales, como establece el Panel Internacional sobre el Cambio Climático. Otros temas medioambientales –biodiversidad, aire y agua limpios, ciudades habitables–, así como las cuestiones políticas –la igualdad social e internacional, por ejemplo– quedan subordinadas al imperativo de mitigar el cambio climático. «No hay ninguna certeza sobre lo que sucederá si permitimos que continúe subiendo la temperatura media global. Pero como base para la acción, solamente necesitamos entender que hay una posibilidad nada trivial de que esté en juego la continuidad de la vida en la tierra tal y como la conocemos»<sup>2</sup>. Su programa pide que se invierta anualmente el 1,5-2 por 100 adicional del PIB global en un plan agresivo de suministro de energía limpia, no nuclear y renovable, mientras durante los próximos veinte años se reducen el 35 por 100 los sectores industriales que consumen combustibles fósiles a un ritmo anual del 2,2 por 100. Apuntando a los defensores del decrecimiento, sostiene que:

De hecho, es absolutamente imperativo que algunas categorías de la actividad económica crezcan ahora masivamente: las asociadas con la producción y distribución de energía limpia. Simultáneamente, los sectores industriales que utilizan combustibles fósiles deben contraerse en la misma proporción, es decir, «decrecer» sin tregua durante los próximos cuarenta o cincuenta años hasta que prácticamente desaparezcan<sup>3</sup>.

Este escenario se basa en el «desacoplamiento total» del crecimiento económico respecto al consumo de combustibles fósiles: el primero puede crecer mientras el segundo se reduce. Pollin afirma que ello llevará a un descenso «del 40 por 100 [de las emisiones de CO<sub>2</sub>] durante un periodo de veinte años, al mismo tiempo que respaldará el crecimiento de los niveles de vida y del empleo». Pollin proporciona los costes del apoyo social y la reconversión de los trabajadores de las industrias dependientes de los combustibles fósiles: para Estados Unidos en su conjunto suponen 600 millones de dólares anuales, el 0,2 por 100 del presupuesto federal. No hay partidas designada para compensar a las grandes corporaciones del

<sup>2</sup> R. Pollin, «Decrecimiento vs. nuevo *New Deal* verde», cit., p. 7.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 10. El movimiento a favor del «decrecimiento» se ha organizado a través de la red Research & Degrowth, fundada en 2001 por Joan Martínez-Alier (Universitat Autònoma de Barcelona) y Serge Latouche (University of Paris-Sud). Desde 2008 ha celebrado conferencias bianuales en París (2008), Barcelona (2010), Montreal/Venecia (2012), Leipzig (2014), Budapest (2016) y Malmö (2018). Para un primer análisis desde esta perspectiva véase J. Martínez-Alier, «Political Ecology, Distributional Conflicts and Economic Incommensurability», *NLR* 1/211, mayo-junio de 1995.

petróleo, el gas y el carbón; en vez de ello, Pollin señala de pasada que estos gigantes «tendrán que ser derrotados». Aunque admite los argumentos morales para que los países ricos reduzcan sus emisiones per cápita para dejarlas al nivel de los países pobres, considera que desde un punto de vista político es algo poco realista pensar que Estados Unidos vaya a hacerlo. Con su programa, las emisiones estadounidenses caerán desde 16,5 a 5,8 toneladas per cápita en veinte años, pero seguirían siendo tres veces mayores que la media mundial y tres veces más altas que las emisiones per cápita de China, que se reducirían a 2,3 toneladas. Para compensar, Pollin espera que Estados Unidos proporcione a los países más pobres ayuda financiera para la transición.

Discrepando de la floritura inicial de Kunkel de que «la fidelidad al crecimiento del PIB es una religión del mundo moderno», Pollin argumenta que con el neoliberalismo financiarizado, la verdadera religión no es el crecimiento, sino la maximización de los beneficios «para proporcionar los mayores ingresos y riquezas para los ricos». Aunque está de acuerdo con el movimiento a favor del decrecimiento en que gran parte de la producción capitalista es un desperdicio y que el PIB es una medida defectuosa, sostiene que los partidarios del decrecimiento no han elaborado un conjunto viable de políticas para reducir lo suficiente las emisiones de gases de efecto invernadero y estabilizar la temperatura global. De manera aparentemente más condenatoria, Pollin sostiene que el decrecimiento crearía niveles galopantes de pobreza y desempleo sin lograr detener el cambio climático. Según sus cálculos, una contracción del 10 por 100 de la economía global, tras una programa de decrecimiento, crearía una depresión mundial de niveles históricos con el desempleo global disparándose y decrecientes niveles de vida para los pobres y las clases trabajadoras, pero seguiría sin alcanzar los objetivos del Panel Internacional sobre el Cambio Climático.

### *Los límites del desacoplamiento*

¿Qué base tienen estas afirmaciones? El argumento de Pollin de que la verdadera «religión» del neoliberalismo financiarizado es la búsqueda del beneficio, y no el crecimiento del PIB, no reconoce que tanto el neoliberalismo como la financiarización son parte de la respuesta del capitalismo a la crisis de rentabilidad que surgió tras el colapso del acuerdo de la posguerra entre el capital y el trabajo. El problema de fondo no es el «neoliberalismo», sino el sistema autoexpansivo del

capitalismo que convierte todo en una mercancía (real o ficticia) y de ese modo amenaza a diversos niveles las bases de la reproducción social y física de la sociedad humana. Quizá sea esta incorrecta identificación de los villanos –señalando al neoliberalismo en vez de al modo de producción capitalista– lo que contribuye a que Pollin proponga lo que es en esencia una aproximación socialdemócrata de un capitalismo mitigado. Al mismo tiempo, no hay duda de que el imaginario del crecimiento del PIB sigue siendo una poderosa fuerza ideológica en sí mismo, mistificando los verdaderos procesos económicos en juego y centrando el debate sobre la idea de la expansión como un bien en sí mismo, lo cual tiene una significativa influencia sobre las decisiones que se toman respecto a la producción, la distribución y el consumo, así como sobre el sistema financiero que facilita cada uno de estos elementos.

Pollin tiene parte de razón al sostener que el movimiento a favor del decrecimiento no ha dado prioridad a la formulación de propuestas políticas detalladas sobre la reducción de los gases de efecto invernadero; sus contribuciones se han concentrado, por lo general, en mostrar cómo el crecimiento del PIB hace que esa reducción sea más difícil. Sin embargo, hay partidarios del decrecimiento que han abordado esta cuestión. Kevin Anderson, ciertamente un aliado del decrecimiento, ha propuesto un Plan Marshall para descarbonizar los suministros de energía y cambios en «el comportamiento y las prácticas», como el continuo recurso a los viajes en avión<sup>4</sup>. Los límites de la energía y de los recursos aparecen en el trabajo del economista y ecologista Blake Alcott, por ejemplo, y la variante de los «límites y porcentajes» de este enfoque ha sido adoptada por Brian Davey y la ONG irlandesa Feasta<sup>5</sup>. De nuevo, Pollin tiene razón en pedir un análisis sectorial específico de lo que se necesita para que los sectores «sucios» se reduzcan y los sectores limpios –la «economía de sustitución»– crezcan. Los defensores del decrecimiento nunca han discutido que *algunos* sectores deberían crecer, y la clausura de industrias basadas en los combustibles fósiles ha sido un aspecto importante de su trabajo: este fue, por

---

<sup>4</sup> Véase por ejemplo, Kevin Anderson, «Manchester, Paris and 2°C: Laggard or Leader», presentación disponible en la página web de la Greater Manchester Combined Authority. En la valoración de Anderson y su coautora Alice Bows, «solamente la depresión económica global ha tenido algún impacto significativo en invertir la tendencia al alza de las emisiones»: «Beyond “Dangerous” Climate Change: Emission Scenarios for a New World», *Philosophical Transactions of the Royal Society*, vol. 369, núm. 1934, 2011.

<sup>5</sup> Blake Alcott, «Impact Caps: Why Population, Affluence and Technology Strategies Should Be Abandoned», *Journal of Cleaner Production*, vol. 18, núm. 6, 2010; Brian Davey (ed.), *Sharing for Survival*, Dublín, 2012.

ejemplo, el principal proyecto extraacadémico de la conferencia de decrecimiento de Leipzig en 2014. Sin embargo, resulta decisivo que este ajuste sectorial se realice dentro de un plan general de reducción, de manera que la actividad humana agregada permanezca dentro de límites planetarios seguros y su impacto ecológico no supere la biocapacidad disponible. Esto no es una cuestión solamente del CO<sub>2</sub>; implica también al agua, el aire, los bosques, las tierras cultivables y los caladeros de pesca, afectados todos ellos por los procesos de producción, consumo y comercio.

El argumento de Pollin consiste en el «desacoplamiento absoluto» entre la actividad económica y los combustibles fósiles. Correctamente hace hincapié en que el objetivo más modesto de un «desacoplamiento relativo» —«a través del cual el consumo de combustibles fósiles y las emisiones de CO<sub>2</sub> continúan aumentando, pero a un ritmo más lento que el crecimiento del PIB»— no es una solución. Continúa señalando que está bien que las economías prosigan creciendo tan rápidamente como lo han hecho China e India, siempre que el proceso de crecimiento esté completamente desvinculado de los combustibles fósiles. Sin embargo, Pollin no afronta las dificultades que supone el asegurar que se produzca este desacoplamiento total. Es inverosímil que los índices de crecimiento de China e India hubieran podido ser tan elevados *sin* un galopante consumo de combustibles fósiles, por no mencionar las emisiones de carbono causadas por el cambio en la utilización de la tierra y la producción de hormigón y acero. Pollin apela a un estudio del World Resources Institute, que asegura que durante el periodo 2000-2014 en cierto número de economías avanzadas, entre las que se cuentan Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, el crecimiento del PIB había quedado realmente desacoplado de las emisiones de CO<sub>2</sub><sup>6</sup>. Sin embargo, si se realiza un examen más detallado se encuentran serios problemas de calidad de los datos incluidos en el documento del WRI, entre otros la utilización de diferentes protocolos de registro en diferentes países, falta de datos —en los totales nacionales, por ejemplo, no se incluyen las emisiones del transporte internacional marítimo y aéreo— además de la «validez de la construcción» de cuantificaciones indirectas: si realmente miden aquello que pretenden medir. Los efectos observados pueden reflejar cambios excepcionales o reversibles, como el impacto de la crisis económica de 2008<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Nate Aden, «The Roads to Decoupling: 21 Countries Are Reducing Carbon Emissions While Growing GDP», World Resources Institute blog, 5 de abril de 2016.

<sup>7</sup> Para una crítica más detallada véase, Mark Burton, «New Evidence on Decoupling Carbon Emissions from GDP Growth: What Does It Mean?», Steady State Manchester blog, 15 de abril de 2016.

Además, estos países supuestamente «desacoplados» también han sido desindustrializados, transformándose en economías capitalistas financiarizadas, con grandes sectores de servicios, que importan mercancías manufacturadas de otras partes del mundo. Esto crea nuevos problemas a ambos lados de la ecuación «crecimiento económico/emisiones de carbono» del mundo. En primer lugar, a través de la deslocalización de la producción, las empresas afincadas en los países ricos obtienen bienes producidos en países pobres, con bajos costes salariales pero vendidos en los países ricos a sus precios de mercado, y las ventas pasan a figurar en el PIB del país rico<sup>8</sup>. En otras palabras, parte del crecimiento del PIB atribuido a las economías ricas supuestamente «desacopladas» es el resultado de procesos de trabajo realizados en países pobres. El PIB de los países ricos queda inflado mediante esta neocolonial captura del valor, pero las emisiones se contabilizan en las economías emergentes donde se produjeron las mercancías. Esto parece que matiza, si es que no invalida, la pretensión de desacoplamiento. El problema se ve agravado por el hecho de que las cifras del PIB entran en ambos lados de la comparación, ya que además de ser una de las dos variables consideradas, el PIB se utiliza para calcular las emisiones basadas en el consumo que no se miden directamente. En cualquier caso, el ritmo de la reducción de emisiones en los países aparentemente desacoplados de ninguna manera sería suficiente como para evitar una catástrofe climática.

Como han mostrado Anderson y Bows, las economías desarrolladas –las recogidas en el «Anexo I» del Acuerdo de Kyoto– necesitan recortar las emisiones a un ritmo situado entre el 8 y el 10 por 100 anual, mientras que las emisiones de los países «desacoplados» estaban cayendo un mero 2 por 100<sup>9</sup>. Mientras tanto, las emisiones globales durante el periodo 2000-2014 aumentaron realmente en un 45 por 100, mientras la economía mundial en conjunto no daba señales de desacoplamiento. Pollin por ello se arriesga a subestimar el ritmo de la reducción de emisiones necesario para evitar un catastrófico cambio climático.

Además, cuando se considera el cuadro completo de los flujos materiales a través de las economías nacionales –la «producción física» en la que hacía hincapié Herman Daly–, resulta que no hay ningún desacoplamiento en

---

<sup>8</sup> Este no es el único mecanismo mediante el cual se inflan los ingresos de los países más desarrollados, otro es el de los precios de transferencia por parte de las multinacionales.

<sup>9</sup> K. Anderson y A. Bows, «Beyond “Dangerous” Climate Change», cit.

absoluto entre la utilización de los recursos y el crecimiento del PIB<sup>10</sup>. Aunque Pollin tiene razón al hacer hincapié en las emisiones de carbono, también está claro que los actuales niveles de producción-consumo (por no mencionar su crecimiento) requieren materiales que, en diversas medidas, se están volviendo escasos<sup>11</sup>. El coste de obtenerlos ha crecido, lo cual ejerce una creciente presión sobre la economía global: esta es la dinámica del escenario subyacente de *The Limits to Growth*, que preveía pautas de comportamiento imperturbables y vaticinaba el desplome del sistema a mediados del siglo XXI. Su extracción supone la destrucción de medios de vida y ecosistemas en todo el mundo y, especialmente, en el Sur global. Todo esto parecería poner al decrecimiento firmemente en la agenda de prioridades, ya que para alcanzar una reducción radical de las emisiones necesitamos una economía global que sea considerablemente más pequeña en términos materiales<sup>12</sup>.

La escala de la economía global supera la capacidad biológica y física de la Tierra para absorber los impactos y restablecer los recursos utilizados. La Global Footprint Network calcula actualmente que el impacto material de la humanidad supera en 1,7 veces la biocapacidad disponible. Daly tiene razón al sostener que el tamaño de la población es una parte importante del impacto medioambiental<sup>13</sup>. Sin embargo, aunque las emisiones globales todavía siguen creciendo, el ritmo del crecimiento de la población se ha ralentizado significativamente, pasando de 4 a 7 millardos entre 1975 y 2010, pero no se espera que alcance los 8 millardos hasta mediados de 2020 y alrededor de 9 millardos hasta 2050<sup>14</sup>. El

---

<sup>10</sup> Thomas Wiedmann, Heinz Schandl *et al.*, «The Material Footprint of Nations», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 112, núm. 20, mayo de 2015. Véase H. Daly y B. Kunkel, «Ecologías de escala», cit., p. 98.

<sup>11</sup> Carlos de Castro, Margarita Mediavilla *et al.*, «Global Wind Power Potential: Physical and Technological Limits», *Energy Policy*, vol. 39, núm. 10, octubre de 2011; «Global Solar Electric Potential: A Review of Their Technical and Sustainable Limits», *Renewable and Sustainable Energy Reviews*, vol. 28, diciembre de 2013.

<sup>12</sup> El posextractivismo —el movimiento contra el extractivismo en el Sur global— ha estado estrechamente aliado con el decrecimiento. Véase Alberto Acosta, «Post-Growth and Post-Extractivism: Two Sides of the Same Cultural Transformation», *Alternativas*, marzo de 2016; Alberto Acosta y Ulrich Brand, *Salidas del laberinto capitalista: Decrecimiento y postextractivismo*, Barcelona, 2017

<sup>13</sup> «El impacto medioambiental es el producto del número de personas por la utilización per cápita de los recursos»: H. Daley y B. Kunkel, «Ecologías de escala», cit., p. 102.

<sup>14</sup> Las proyecciones más allá de 2050 suponen un elevado grado de incertidumbre. En un documento de 2014 Patrick Gerland y sus colegas estimaron una población global entre 9,6 y 12,3 millardos en 2100. Véase P. Gerland *et al.*, «World Population Stabilization Unlikely this Century», *Science*, vol. 246, núm. 6206, 10

principal impulsor de la ralentización es la tasa decreciente de fertilidad, actualmente por debajo del nivel de renovación en Europa, aunque más elevada en India y en el África subsahariana. Históricamente, el crecimiento de los niveles de vida, la urbanización y la educación, especialmente de las mujeres, han estado asociados con la caída de la fertilidad, mientras que los países más pobres y de mayor desigualdad tienden a tener índices más elevados. Si se abordarán estos condicionantes y la asistencia médica primaria y los métodos anticonceptivos estuvieran disponibles gratuitamente, la población global podría estabilizarse e incluso empezar a descender antes de 2050.

### ¿Expansión verde?

¿Qué decir de la propuesta de Pollin de estabilizar el clima invirtiendo el 2 por 100 anual del PIB global en energías limpias? Su argumento es que este cambio hacia las energías renovables puede recortar las emisiones globales en un 40 por 100 en veinte años y «al mismo tiempo sostener también el crecimiento de los niveles de vida y el aumento de las oportunidades de empleo». Sin embargo, hasta ahora, la expansión de las energías renovables se ha producido como un añadido a los suministros de combustibles fósiles, en vez de cómo una sustitución de estos (véase el cuadro 1). Los países que van más adelantados en el desarrollo de la energía renovable, como Dinamarca y Alemania, también han aumentado su consumo de combustibles fósiles, especialmente de carbón; lo mismo puede decirse de Estados Unidos, China, India, Canadá y Australia. Sustituir el petróleo, el carbón y el gas por otras fuentes de energía supondría multiplicar por dieciocho el desarrollo de las energías renovables, dados los niveles actuales de consumo energético. Si la utilización de energía a escala mundial tuviera que aumentar, como señala Pollin, entonces el desafío sería todavía mayor.

La contradicción del «*New Deal verde*» es que el crecimiento del PIB hace que la reducción de las emisiones sea mucho más difícil. Expandir la economía significa inevitablemente mayor extracción, producción, distribución y consumo, y cada uno de estos procesos produce emisiones. Si el plan de Pollin de inversión en energías renovables también tuviera

---

de octubre de 2014; véase también K. C. Samir y Wolfgang Lutz, «The Human Core of the Shared Socioeconomic Pathways: Population Scenarios by Age, Sex and Level of Education for All Countries to 2100», *Global Environmental Change*, vol. 42, enero de 2017, pp. 181-192.

éxito para generar decenas de millones de nuevos empleos y elevar el nivel de vida en todo el mundo, como él espera, eso significaría un nuevo aumento en el consumo de servicios y productos intensivos en CO<sub>2</sub>, a no ser que las principales industrias estuvieran totalmente descarbonizadas, probablemente en conjunción con la introducción de límites sobre el uso de la energía, la extracción y la conversión del uso de la tierra.

CUADRO I: *Consumo de energía primaria como combustible. Millones de toneladas equivalentes*

	1970	1980	1990	2000	2010	2020
Petróleo	2.253	2.986	3.153	3.580	4.021	4.564
Gas	890	1.291	1.767	2.182	2.874	3.534
Carbón	1.483	1.813	2.246	2.385	3.636	3.697
Nuclear	18	161	453	584	626	674
Hidráulica	266	385	487	601	779	1.015
Renovables	2	7	35	59	234	794
Total	4.912	6.642	8.142	9.390	12.170	14.278

Fuente: BP Energy Outlook, 2018.

En teoría, contraer la economía mundial no debería dañar a los relativamente pobres, ya que las emisiones elevadas están estrechamente relacionadas con las concentraciones de riqueza y de ingresos: globalmente, el 10 por 100 superior de los emisores contribuyen aproximadamente con el 45 por 100 de las emisiones de gases de efecto invernadero, mientras que el 50 por 100 inferior contribuyen con el 13 por 100<sup>15</sup>. Un profundo recorte económico puede gestionarse de manera equitativa, como se demostró a principios de la década de 1990 en Cuba durante las penurias del Periodo Especial, cuando las punitivas sanciones estadounidenses agravaron el impacto del colapso de la Unión Soviética. La posibilidad de que la contracción pueda producirse de una forma adecuadamente democrática fue explorada por André Gorz –aclamado como un precursor del movimiento por el decrecimiento–, que pidió formas de autogestión de los trabajadores como un medio para «restaurar la correlación entre menos trabajo y menos consumo, por un lado, y más autonomía

<sup>15</sup> Lucas Chancel y Thomas Piketty, «Carbon and Inequality from Kyoto to Paris: Trends in the Global Inequality of Carbon Emissions (1998-2013) and Prospects for an Equitable Adaptation Fund», Paris School of Economics, noviembre de 2015, p. 50.

y más seguridad existencial, por otro»<sup>16</sup>. Las propuestas de Pollin sobre una «transición justa» a la energía renovable, que también contribuiría a una mayor igualdad global, son bienvenidas; pero hasta ahora, el trabajo en esta área, incluido el de Pollin, ha tendido a concentrarse en los sectores industriales que utilizan combustibles fósiles<sup>17</sup>.

Finalmente, Pollin sostiene que una agenda de decrecimiento para reducir el PIB global el 10 por 100 durante los próximos veinte años supondría una depresión cuatro veces más profunda que la recesión de 2008, además de un desempleo galopante en medio de acusados recortes del gasto y, sin embargo, el efecto neto sería reducir las emisiones de CO<sub>2</sub> meramente el 10 por 100 –de 32 a 29 millardos de toneladas– muy alejado de la necesaria reducción de este tipo hasta 20 millardos de toneladas en 2040. Esto es cierto. Por sí misma, una contracción económica gestionada –que no es lo mismo que el decrecimiento pero si uno de sus componentes– no traerá el tipo de reducción de emisiones que necesitamos. Pero, como hemos visto, mantener la expansión agregada de la economía, alineada con el crecimiento del PIB, se añadirá a la cuenta que hay que subir. Además de ello, incluso la eliminación de los combustibles fósiles puede no ser suficiente para asegurar el futuro de la vida en la tierra, teniendo en cuenta las crecientes presiones sobre los ecosistemas y la escasez de recursos. La incesante búsqueda del capitalismo de nuevas formas de obtener beneficios y de recursos naturales que explotar y extraer no se limita al petróleo, el gas y el carbón.

Aunque esto no está sobre la mesa en un futuro inmediato, una economía mundial ecológicamente sostenible tendría que desvincularse de la incesante búsqueda del beneficio y ordenarse alrededor del principio del despliegue de las capacidades humanas para satisfacer las necesidades humanas, dentro de los límites de la biocapacidad de la Tierra. En otras palabras, sería algún tipo de modo de producción socialista. Esto supondría necesariamente el control igualitario y la reducción de la escala material de la economía global, junto a una reducción selectiva

---

<sup>16</sup> André Gorz, «Political Ecology: Expertocracy versus Self-Limitation», *NLR* 1/202, noviembre-diciembre de 1993; véase también, *Ecology as Politics*, Londres, 1987.

<sup>17</sup> Véanse los ejemplos de resultados locales para los trabajadores del sector de la energía en Europa, China, Australia, Argentina y Estados Unidos, citados en Anabella Rosenberg, «Strengthening Just Transition Policies in International Climate Governance», Stanley Foundation, Muscatine, (IA), 2017.

de las emisiones<sup>18</sup>. Esto significa una acción drástica para reducir la producción industrial (de bienes que no son necesarios, que suponen un elevado consumo de energía, que no duran) así como la construcción industrial (carreteras, aeropuertos, rascacielos y centros comerciales especulativos), la agricultura industrial (monocultivos dependientes de los combustibles fósiles, que destruyen el suelo y los suministros de agua y que requieren grandes insumos energéticos para llevar la comida a la mesa) y la distribución industrial (los sistemas de transporte por tierra, mar y aire, todos ellos muy dependientes de los combustibles fósiles). La semana laboral sería mucho más corta y el consumo del mundo desarrollado, y el de las elites en el mundo en desarrollo, severamente reducido. La calefacción se proporcionaría por completo mediante electricidad generada por fuentes renovables. El transporte sería mayoritariamente público, impulsado por electricidad o pilas de hidrógeno. La construcción ya no supondría la utilización de cemento o acero. La agricultura estaría basada en los principios de la agroecología –la biodiversidad y la complejidad como fundamentos para garantizar la calidad del suelo, la salud vegetal y la productividad de las cosechas– y en las prácticas agrícolas diversificadas, incluyendo la rotación de cosechas, los policultivos, la agrosilvicultura, los abonos ecológicos, las combinaciones de cultivos y ganaderías, los cultivos de cobertura y mantillo<sup>19</sup>.

Nada de esto sugiere que sea fácil encauzar la economía mundial hacia un tamaño ecológicamente coherente. Realmente, quizá parece poco probable que eso suceda. Sin embargo, ello no significa que haya alguna manera de escapar del problema fundamental de que actualmente la economía global excede por completo la capacidad de los sistemas de la Tierra para soportar sus demandas; hacerla todavía mayor solo puede empeorar las cosas. El capitalismo mitigado por un «*New Deal* verde» será de poca ayuda, porque no elimina el conjunto del sistema de mercantilización y los motores de la expansión. Cómo puede producirse el decrecimiento es algo que no sabemos. Una combinación inesperada de lucha popular y colapso del sistema capitalista quizá sea el único camino. Eso no quiere decir que una acción gubernamental positiva, que incluya

---

<sup>18</sup> La reducción de la escala de la economía material global se propone aquí como un medio para un fin: la reducción de emisiones, que es a su vez una condición necesaria para conseguir una sostenibilidad sólida. Presumiblemente, esta reducción voluntaria, que constituye una dimensión del decrecimiento, puede ser un fin deseable en sí misma.

<sup>19</sup> Third World Network, *Agroecology: Key Concepts, Principles and Practices*, Penang y Berkeley, 2015.

la inversión en energías limpias y medidas de reducción de la demanda, no puedan ayudar. Pero para que ello funcione, la política de los gobiernos tendría que romper con su habitual función de servidora del capital global. ¿Poco realista? ¿Inverosímil? Probablemente, pero no más que el imaginario de Pollin de una acumulación verde que llegue al rescate.